



SOCIALDEMOCRACIA DESCENTRADA

Para muchos votantes pragmáticos y moderados del centro-izquierda, el PSOE carece de solvencia ante la crisis

UNA interpretación superficial, esquemática, de la derrota electoral ha generalizado en el Partido Socialista la idea de que su reconstrucción consiste en recuperar el voto perdido por su izquierda. Éste fue el argumento esencial de la candidatura de Carme Chacón, cuyo tirón obligó a un Rubalcaba en principio más cauteloso a esgrimir para combatirla gestos de vacío populismo progresista. Nadie quiere hablar, sin embargo —porque resulta más complejo y matizado—, del abandono de los votantes centristas y de las clases medias urbanas, en cuyo apoyo se cimentaron las grandes victorias del felipismo y para las que el PSOE se ha convertido en un partido irrelevante, sin capacidad de gestionar con solvencia la crisis. El análisis simplista de los resultados del 20-N desenfoca el problema de la socialdemocracia y la conduce de nuevo hacia la fórmula que hizo descarrilar al zapaterismo.

Como demuestran los estudios poselectorales —el último, uno de Metroscopia publicado en «El País»—, el PSOE no sólo ha perdido el respaldo de los simpatizantes de una izquierda que prefirió votar a siglas más radicales, sino que ha dejado de ser la fuerza útil de muchos nacionalistas pragmáticos y de la burguesía de centro-izquierda. Gran parte de ellos percibe al PP como un partido más preparado para afrontar decisiones de política económica, que son las que guían a los ciudadanos en circunstancias de severa inquietud social. Y aunque logre repescar votos que en noviembre fueron a parar al agrocomunismo de IU, al socioecologismo de Equo y a otros partidos residuales, será difícil que con ello vuelva a alcanzar mayorías incuestionables como las de González, que ni siquiera pudo lograr Zapatero en su mejor momento. Hasta que no vuelva a ganarse la confianza de las clases medias moderadas, que son las que forjan los cambios de tendencia, el Socialista será un partido hemipléjico, sólo capaz en el mejor y aún lejano de los casos de alzarse con un triunfo en minoría.

La elección de Rubalcaba podría indicar un signo de lucidez colectiva en ese sentido, toda vez que el nuevo líder representa el eslabón perdido del tardogonzalismo y tiene vocación de socialdemocracia de Estado. Es probable, sin embargo, que las urgencias del brusco desalojo del poder empujen al PSOE postzapaterista hacia la misma barranca en la que se despeñó el anterior liderazgo. Es más fácil, desde luego, sumar apoyos con guiños primarios de izquierdismo ramplón que generar una alternativa de credibilidad cualificada y competente. Pero hasta que la opinión pública no perciba en ellos un nivel de solvencia política y económica al menos similar a la del PP, los socialistas no podrán aspirar a ser una verdadera opción de Gobierno. No al menos, para esos millones —¿dos, tres?— de electores basculantes que deciden las mayorías sin dejarse impresionar por la radicalidad y el aventurerismo.